



... para **no**
morir tanto



CARLOS DECKER-MOLINA

2 000 905 personas han muerto debido a la pandemia COVID-19, 15 121 de ellas en las últimas veinticuatro horas.

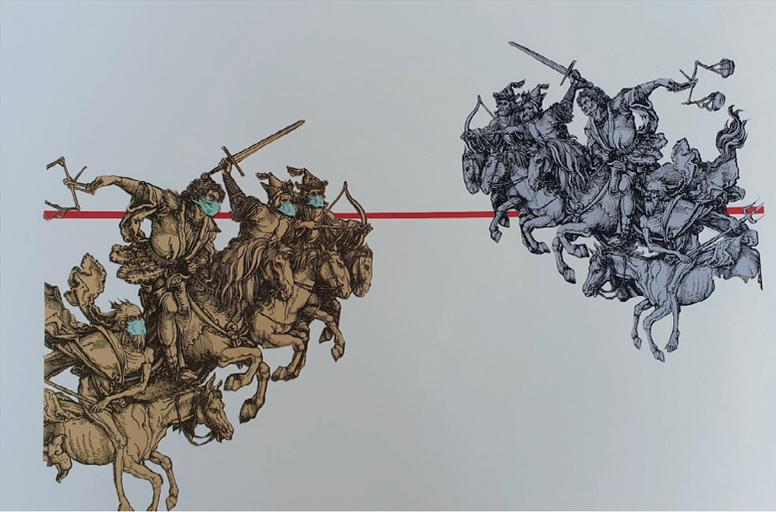
Universidad Johns Hopkins
4 de marzo de 2021

«La vida siempre trata de parecerse
a una historia inventada».

ISAAK BÁBEL

«Se debe tener más miedo
a una vida mala que a la muerte».

BERTOLT BRECHT



¿Hay alguien con vida?

—¡Por Dios, cállate!

—¡Deja de gritar, boliviano, cabeza negra!

—Nos despertaste con tus gritos, no te lo vamos a perdonar.

Los clientes del asilo de ancianos, ¿clientes?, sí, clientes, como se dice en estas épocas, suelen dormir sin molestar. El único que grita alguna que otra noche es el boliviano, que explica su comportamiento diciendo:

—Me salvé de un fusilamiento. Estuve preso de una dictadura. Perdí todo, mujer, hijos y futuro. Cuando sueño que estoy otra vez frente al pelotón de fusilamiento, entonces grito. Es mi defensa.

Los encargados de turno suelen recriminárselo a la hora del desayuno, excepto Britt-Marie, la enfermera, en lugar de medicarle calmantes o dormideras le dice:

—Cuéntame la pesadilla de anoche. Si me cuentas, esta noche dormirás como un nene bueno.

Una abuela casi sin cabellos y con los dientes postizos de los antiguos, que debió ser de dos metros, hoy parece una flor mar-

chita de tallo largo que cuelga del florero de la vida, dice que las pesadillas del boliviano son predicciones del fin del mundo y explica sus razones:

—Los indígenas de esos lados tienen el poder de predecir el futuro. Sé que lo hacen con hojas de coca. ¿Por qué no le preguntamos quiénes morirán la próxima semana?

El grupo que terminó de desayunar se prepara para hacer ejercicios físicos simples. Hacen un semicírculo con sus sillas, se levantan tomándose de los espaldares, levantan las piernas como bailarinas hemipléjicas. Levantan las manos como si alguien les hubiera amenazado con llevarlos a un campo de concentración y dan vueltas como nenes desorientados.

El único que no acude a la gimnasia es el boliviano, que tiene pegada a su oreja una vieja radio a transistores, esas que ya no existen en el mercado.

—Fui periodista, por eso escucho las noticias. Justifica su audiencia.

Esta vez los gritos del cuarto del boliviano son tan fuertes y graves que acudieron los tres empleados del turno de la noche, los curiosos y Britt-Marie, la enfermera que le pide calma.

—Calma, Juan Antonio. Calma. Qué pasó, ¿soñaste con el fusilamiento?

—No... no.

—¿Con quién peleabas? Cuando llegamos dabas golpes a la almohada como si fuera un animal o alguien que quería hacerte daño. ¿Era alguien o era un animal, un monstruo tal vez?

—¿Cómo explicar? Lo único que sé es que se quería meter dentro de mí como un gusano invisible para comerme por dentro. Vamos a morir todos porque el gusano invisible está por llegar. Hizo estragos en Wuhan.

Los empleados y los viejos curiosos agolpados en la habitación de Juan Antonio quedaron en silencio, sobre todo Britt-Marie; dos días antes había recibido una instrucción de sus jefes que se resumía en una afirmación. La Organización Mundial de la Salud decretó la pandemia del virus COVID-19, «seguir los protocolos de emergencia». Britt-Marie sabe lo que está pasando en Wuhan, por eso lanzó la segunda pregunta:

—Y dime, Juan Antonio, ¿cómo es ese gusano invisible?

—En mi pesadilla, estaba caminando por una calle y sentí que alguien me seguía, para comprobar me di la vuelta y no había más que una mujer vestida de negro. Estoy seguro de que era una de las tres Parcas, las que hilan el nacimiento, la vida y la muerte; no se le veía el rostro, se acercó y me estornudó en mi cara y desapareció. Entonces sentí un ruido igual al de las abejas en celo, quedé aturdido. Parece que me desmayé, después sentí que entraban por mi nariz porque no me permitían respirar. Cuando llegaban al fondo de mi ser, irían a destrozarme por dentro, entonces grité. Pido disculpas por ello, lo único que quiero es salvar mi vida.

Juan Antonio es un ser de estatura baja para los cánones suecos, tiene ojos achinados, como todos los indígenas de América Latina, es más bien enjuto, tiene pocos pelos, entre negros y blancos, en una testa increíblemente redonda, su rostro tiene una nariz aguileña que sostiene unos anteojos a punto de

caerse. Manos llenas de pecas. Viste vaqueros, camisas de franela y zapatos cómodos, especiales para paseos largos. Y, si es invierno, viste un abrigo de cuero negro un poco largo y ancho para él. Cuando se lo pone, su figura hace recuerdo a los SS alemanes que aparecían en las películas de los 60.

Está asustado porque en esta primera semana de pandemia vio salir ocho bolsas con cadáveres, entre ellos el de la abuela sin cabellos y dientes postizos que lo creía adivino.

Decidió hablar con Britt-Marie para confesarle sus temores.

—Tengo mucho miedo —le dijo.

—Todos tenemos miedo. Yo también tengo terror a contagiarme con el virus. Juan Antonio, aquí estás más seguro que en la calle. Por eso no puedes ir a dar tus paseos matutinos. Está prohibido recibir visitas.

—A mí no me visita nadie.

—Sí, ya lo sé. No olvides que desde hace una semana también está prohibido salir a la calle.

—Pero el noticiero de la radio dice que las calles están vacías.

—Sí y no. Hay poca gente porque todavía circulan el metro y algunos buses, que son los que nos llevan de ida al trabajo y de vuelta a nuestros hogares a los trabajamos en casas de ancianos y hospitales.

—Me quiero ir.

—¿A dónde?

—Donde mis antepasados.

—¿Tus antepasados?

—Sí.

—Deben estar muertos, ¿no?

—No. Yo hablo con ellos, me visitan por las noches. Me comunico con ellos. Esta es una carta que me dictó mi propio padre.

Britt-Marie tomó los papeles escritos a pulso y se los puso al bolsillo para tirarlos o leerlos si encuentra tiempo y voluntad.

Querido Juan Antonio:

Te escribe tu padre muerto. No vuelvas por estos lados, que la cosa está que arde, con fiebre de cuarenta grados y sin oxígeno en los nosocomios.

Vivo en un barrio de emergencia, antes le decían villa miseria, en realidad es un suburbio miserable, mucho más que el de adelante. Al barrio que nos antecede llega el bus; al mío no llega ni el sol.

La gente gana sus billetes vendiendo todo lo vendible, muchos venden ilusiones con ayuda de un loro verduzco que saca unos papelitos con los buenos augurios. Otros venden galletitas; más bien revenden.

Unos pocos viven de robos menores, las viejas leen la suerte; pero ahora, en este tiempo, la mayoría se gana la vida, y tal vez la muerte, levantando muertos de las calles y plazas y bancos de los parques donde antes de ser cadáveres se sentaban a tomar aire.

El otro día vi que dos de mis vecinos intentaban poner al muerto en un carromato tipo carretilla cuando el policía gritó: «¡Ignorantes de mierda, no saben que se pueden infectar con el virus!». Será por eso que él no lo levanta o no llama a la ambulancia, su conmiseración llega solo a espantar moscas de la cara del occiso.

La radio cocina informa de que era un hombre mayor que iba camino al hospital cuando de pronto lanzó un grito como si la muerte lo hubiese cogido del cuello, y zas, quedó tieso y cayó en un charco de aguas sucias que tiran del balcón de esa casa a medio construir donde viven los Tiburcios.

Dos chicos descalzos y por eso grandes corredores han ido volando al otro barrio para avisar de que hay un muerto ajeno; quizá les falta alguno.

¿Solidaridad? No, nada de eso, van a avisar y, si encuentran a la mujer y a los hijos del muerto, pedirán «un pancito pues, en recompensa».

Por eso yo me voy a los barrios de la colina, ahí viven los otros con auto y cocinera cama adentro, a preguntar: «¿Hay alguien con vida?!» para ver si me tiran unas migajas.

La mayoría no responden por temor, además, tienen la boca tapada con un trapo de colores ensalivado; seguro que ahí mora la Ñatita y ellos dicen que lo usan para salvarse de ella.

Me fue mal. Nadie les dio bola a mis gritos. Me volví al anochechar con las manos vacías y el vientre con dolor de hambre.

Hoy salí tempranito, uso el diminutivo para decirles que estoy en la calle antes de que el sol muestre su desnudez. No está permitido salir así por así porque la ciudad está prisionera de un enemigo que desató una guerra oculta.

El chingado es invisible y ataca en el momento menos pensado. Se parece un poco a mí.

Un amigo a la distancia me previno a gritos: «¡No salgas! Te van a denunciar a la policía por crumiro, esquírol o amarillo. ¡Rompecuarentena!».

No le di bola y seguí mi camino hacia el barrio bacán. Tal vez se porten mejor que los clasemedieros del sur que miran de ocultas.